

Hélia Correia

Dolencia

TRADUCCIÓN DE SANTIAGO PÉREZ ISASI



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

 **LA UMBRÍA Y LA SOLANA**

Título original: *Adócer*,
Relógio D'Água Editores, 2010

Dolencia
Hélia Correia

Primera edición: junio de 2021
© Hélia Correia, 2010

© de la traducción del texto, Santiago Pérez Isasi
© de la ilustración de la cubierta, Carmen Pinart

Edición © La Umría y la Solana, 2021
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-123512-5-5
Depósito legal: M-19504-2021

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Obra publicada con el apoyo de la DGLAB/Cultura y Camões - IP - Portugal
Obra publicada com o apoio pela DGLAB/Cultura e pelo Camões - IP - Portugal

ÍNDICE

Highgate Cementery, 2005	15
Manchester, 1857	17
Hatton Garden, Holborn, Londres, 1833	25
Charlotte Street, Londres, 1845	33
Bloomsbury, 1848	36
Cranbourn Alley, 1850	42
Red Lion Square, 1850	60
Fitzwilliam Museum, Cambridge, 2005	73
Gower Street, 1852	79
Hampstead Heath, 1852	94
Chatham Place, 1853	105
Hastings, 1854	148
Chatham Place, 1855	216
Denmark Hill, abril 1855	218
Oxford, 1855	234
Clevedon, junio 1855	249
Londres, verano de 1855	257
Paris, 1855	260
Niza-Londres, 1856	277
Londres, 1856	284
Oxford, 1857	293
Matlock, 1858	305
Londres, 1858-59	309
Hastings, 1860	315
Paris, 1860	328

Londres, 1860	333
Red House, Upton, 1861	343
Londres, 1861	361
Cheyne Walk, Chelsea, 1864	372
Highgate, 1869	385
Nota	388

Highgate Cemetery, 2005

Si la patria marca a una persona como un perro marca una farola, mi condición de portuguesa atravesará los portones antes que yo y una especie de aviso me precederá, haciendo que las aves se estremezcan. ¿Podrán mis pasos despertar el recuerdo de aquel otro portugués que una noche vino aquí para abrir la tierra? ¿Reconocerá el parentesco que une mi carne con la de él, una mezcla de sol y embutidos, de sometimiento y fantasía?

No es horario de visitas. Levantando los ojos hacia la colina frente a mí veo surgir la hostilidad del lugar, exactamente igual que una niebla. Necesita reposo, la tierra, y se equivoca al suponer que la entrada está cerrada. En el interior del círculo, estoy yo. Camino furtivamente, con recelo de que alguna identidad, no la mía sino la de mis padres, me delate a los muertos.

El tiempo pasó aquí con todo su peso, aplastó, rompió los sellos. Se abrieron grietas en las laderas. Y los caminantes que fingien rezar solo se dicen a sí mismos en voz baja que la capa superior del terreno todavía los protege, todavía aísla sus pies. Que no hay peligro de comunicación.

A aquello que está allí abajo lo trastorna la luz, el aire en el que circulan pequeñas formaciones biológicas. Los roedores seguro que saben cómo comportarse cuando se encuentran con ese súbito vacío. Pero nosotros no. Un piadoso corte quiebra la línea que va de los ojos al pensamiento. Y los turistas se refugian en el grupo, amparándose en el brazo del vecino, anticipando algún desequilibrio. Hay un principio de obscenidad que inmediatamente se encoge sobre sí mismo. Si hablan sobre Drácula, bajan ligeramente la voz. Pero molestan. Tienen un calor propio, una sorprendente intensidad metabólica. Se entrometen. Por eso yo espero a que se retiren, a que se dirijan hacia la aldea, llevándose todo aquello que no quiero aquí, la carne, sus recuerdos alegres.

Yo vengo aquí para un encuentro personal, de los que no permiten testigos. En realidad, conozco a esta mujer. No la creé, pero sé más sobre ella que sobre mis propios personajes. Ya he pisado muchos suelos que ella pisó, he tocado cosas que ella tuvo entre sus manos. He dormido en lugares en los que ella durmió. Nada suyo me es ajeno. De alguna forma, nuestras vidas ya se han fundido, puesto que el tema del doble, el *doppelgänger*, estaba inscrito en nosotras como un patrón. Si subo ahora por esta ladera llena de matorrales no es porque me falte su horror. Es que, cuando esto se convierta en una historia, necesitaré algún tipo de cierre.

A la cripta de los Rossetti no se accede fácilmente. No sé si el tejo que le da sombra es todavía el mismo que fue plantado para el primer entierro. Los tejos son longevos, eso es verdad. Las inscripciones en las lápidas conservan bien legibles los nombres de sus muertos. La humedad inglesa no ha sido tan implacable como de costumbre. Las lluvias se han deslizado por las piedras como si las respetasen. Con la excepción de la que señala a Lizzie. El texto que el buril grabó en ella ha ganado una cierta cualidad orgánica. El agua se ha depositado en ella, llamado a los musgos a reproducirse. Yace sobre la tierra, su tumba, muy verde, señalando una diferencia con respecto a una familia que nunca fue la suya. Pese a que eran italianos, los Rossetti podían dar lecciones de frialdad a los londinenses, en especial sobre la forma de tratar a nueras indeseadas. El único Rossetti que la amó, e incluso él de manera singular, fue sepultado lejos, frente al mar. No quiso que lo enterrasen junto a ella. Tenía la certeza de que no se muere, pero no era la certeza de los cristianos.

Durante mucho tiempo hubo solamente dos cuerpos ahí abajo. Al padre, Gabriele, la ceguera fue preparándolo. No le costó dejar un mundo en el que ya no podía disfrutar de la lectura. En aquel salón que frecuentaban las élites liberales y los bellos exiliados, y en el que quien llegaría a ser emperador de

Francia había expuesto sus sueños juveniles, las conversaciones perdían su brillo. El anfitrión ya no iluminaba. Los visitantes venían sobre todo, ahora, por Christina, que no dejaba de desconcertarlos. Eran veladas llenas de trampas en las que el fervor literario de los Rossetti ocultaba mensajes sexuales que se autodestruían con decencia. Gabriele moría cómodamente, a una buena edad, venerado y pobre. Su trabajo de procreador había tenido éxito, por lo menos a primera vista: dos hijos hermosos, dos hijas devotas. Y su cuerpo, que había conocido la energía del poema y la de la revolución mezcladas en un único argumento, había generado realmente, en los muchachos, una tendencia al arte y a la rebeldía. Pero el impacto de las calles se suavizaba en las faldas de las mujeres y cualquier escándalo era domesticado antes de entrar.

El segundo ataúd que aquí descendió en 1862 contenía a Elizabeth Siddal. Siete años más tarde, en otoño, a la luz de una hoguera, el *portuguese*, como lo designaban con desprecio, mandó abrir la tumba. Solo ese tal Charles Howell se atrevería a tanto. Era descendiente del marqués de Pombal y ejecutaba cualquier tarea, como un criado.

Manchester, 1857

«Tres cuartas partes son basura inglesa», escribió Engels a Marx. Del gigantesco número de obras expuestas, apenas le gustó un retrato de Ariosto realizado por Tiziano. Su mirada estaba ensombrecida por las imágenes de la miseria real. Había ido a gestionar las fábricas de su padre. Manchester había generado nuevos ricos, pero solía hablar contra sí misma ante quien tuviese tiempo para escuchar. El cerebro alemán de Friedrich Engels comprendió que había un pensamiento que acababa de encontrar a su pensador. El dinero de la familia era

suficiente para mantener también a Marx y a su mujer. «Si es posible, pasen aquí el verano», propone, aunque con clara displicencia. La Gran Exposición no lo distrae.

El arte inglés albergaba, es cierto, algunos atrevimientos. La energía de los victorianos se revelaba contra ellos y luego se retiraba, con un suspiro de satisfacción. El verdadero horror, el de los callejones, el de los enfermos y los asesinos, se mantenía en las sombras, de perfil. Exceptuando ciertas expediciones de caridad, a las que no eran extrañas las masacres, solo los libros de Dickens establecían un pequeño contacto entre los dos mundos. Ciertos socialistas esperaban que el encuentro entre ellos se produjese. Eso sería más perturbador que las ideas en las que trabajaba Darwin. Y sin embargo el inglés común miraba hacia el suelo con cuidado, preocupado con la basura. No preveía ninguna otra amenaza en su camino. Artistas y mujeres emancipadas aparecían a veces en sus conversaciones, mientras fumaban. La digestión se hacía entonces difícil e interesante. Los atravesaba un temblor, el recuerdo de la voz de las prostitutas en las esquinas.

«El genio de Wordsworth habría quedado oscurecido para siempre si hubiese vivido, siquiera una semana, entre la bruma de Manchester», escribió un periodista. En 1857, aquella ciudad negra y brutal negaba esa mala fama con la más exquisita de las venganzas. Derrotaba a Londres en su propio terreno. Seis años antes, la capital había organizado la gran Exposición Universal, que celebraba sobre todo el progreso de la industria.

Manchester, con un gusto inesperado, llamó a la suya «Tesoros del Arte» y la dedicó únicamente a obras que se encontraban en colecciones privadas. Los préstamos llegaron con entusiasmo. Lo cierto es que las casas de los ricos manchesterianos estaban llenas de preciosidades. La nobleza también se mostró generosa. Es famosa la excepción del duque de Devonshire que, como respuesta, ordenó a los emisarios que se ocupasen de sus asuntos y regresasen a sus telares.

El edificio de vidrio y hierro se construyó en un instante en los dominios del Jardín Botánico, en Old Trafford, un suburbio lejano. Era necesaria mucha rabia social para que los burgueses encarasen la causa de las obras de arte como una causa propia. Los críticos consideraron grosera la inclusión de música permanente, que disminuía el disfrute. Treinta mil visitantes por día provocaban una barrera que se detenía a sí misma, no dejando que nadie se acercase y apreciase un cuadro en detalle. Periodistas extranjeros, indiferentes al esnobismo de la geografía, comparaban el acervo con el del Louvre. Las pinturas de los prerrafaelitas eran consideradas repugnantes por su exceso de realidad y su desprecio por la perspectiva. Leyendo ciertos textos críticos, podría pensarse que allí está el inicio del cubismo.

Para quien dominaba la naturaleza, para quien le ponía la mano en la nuca forzándola a inclinarse para entrar en el dominio de la fábrica, la distancia era un obstáculo fácil de superar. El ayuntamiento extendió el tren deliberadamente hasta Old Trafford. Los visitantes veían el espectáculo de las dos mil chimeneas, a lo lejos, mirando mucho más allá del arco de triunfo. La negrura de aquel cielo asustaba a los londinenses y los hacía más indulgentes con el aire de la capital. Los recorría un escalofrío un tanto literario.

El grupo que llegó en un tren especial desde Sheffield, cierto día de septiembre, se distinguía de todos los demás por el hecho de incluir a Lizzie Siddal. Frecuentaba la Escuela de Artes en aquella ciudad que era famosa por los cuchillos, que años antes exportaba abundantemente a Portugal. Algunos familiares suyos todavía seguían en el negocio de la plata y el estaño. Su vida se basaba en una historia de sangre noble y de riquezas usurpadas, como nos pasa a casi todos. Esa falsa memoria ronda a ciertas personas permeables a la vanidad y les oscurece la mirada, como un fantasma. Viendo el retrato de Charles, padre de Lizzie, comprendemos que existe en su

cuerpo un agravio que lo vuelve casi hostil. Pero ya en la generación de ella solo quedaba una finura en los modales que de ningún modo podría provenir de una baronía inglesa de provincias. No era la sangre sino la ilusión lo que daba forma a esta familia, y eso tenía efectos espirituales.

Lizzie se quitó la capa que la protegía del humo de carbón y los compañeros se alejaron un poco. Solía vestir con cierta austeridad, usando faldas sin armazón, como las de las trabajadoras. Solo en el segundo prerrafaelismo, que estaba justamente comenzando, se pusieron de moda los trajes medievales, transformando a mujeres vivas en estatuas. En la Escuela de Arte donde, por otro lado, nunca fue oficialmente aceptada, las chicas sonreían, con ese modo de sonreír irritado y cruel, a costa de la forastera. Su cualidad de londinense y de pintora aceptada entre los famosos llevaba a que los hombres le cediesen el paso. Pero en aquel mundo fuertemente sexuado, la distinción que ella les merecía pertenecía más bien al orden del deseo, y su frialdad los masacraba. Ella quería estar entre iguales y anulaba los mensajes de su femineidad. Las estudiantes le miraban los pies, que no ocultaba bajo una falda con miriñaque, como si estuvieran viendo una deformidad congénita. Lizzie contaba con un refugio contra ellas, un trío que la rodeaba con deferencia: su hermana Lydia, que la acompañó a Sheffield, su prima Sarah Ibbitt y Annie Drury. Nunca dejó que muchas mujeres penetraran en su intimidad. Era casi necesaria una conquista, como en el amor. Los hombres sospechaban de su dolencia, que era una especie de atributo físico y que atraía a los románticos con la misma fuerza que los escotes en otros siglos. Sospechaban hasta el punto de que, a veces, se volvían crueles, como si hubiera una trampa escondida detrás de cualquier tos. La morbidez literaria había contaminado todas las percepciones del erotismo, y las eternamente moribundas como Lizzie eran conscientes de su ventaja. En cualquier caso, algunas mujeres le abrían sus brazos materna-

les. Eran mujeres robustas, de buen pecho y que no veían en ella a una rival.

Había algo irritante en aquella modestia que se desmentía a sí misma y que acababa por humillar. En el viaje a Manchester parecía que Lizzie revelaba finalmente su naturaleza. No era una estudiante que accedía a la Escuela de Arte por la puerta de atrás. Para entrar en la Exposición, había aplicado lo que había aprendido a su paso por París. Llevaba un armazón de crinolina como sus colegas. Sin embargo, seguía distinguiéndose de ellas. La falda con miriñaque realzaba los dones reproductivos de la mujer y al mismo tiempo la incapacitaba para los más pequeños quehaceres autónomos. Mientras el cerebro iba ajustándose a sus contornos, se sucedían los choques con obstáculos. Imaginamos elegancia en aquellos movimientos. La verdad es que forzaban al cuerpo a una atención, a unos cuidados que se parecen a los tanteos de la vejez. Es verdad que ocultaba las formas y eso tenía muchas contrapartidas en el erotismo. Tal vez fuese esa la principal razón del éxito de una moda que no era sino un paso atrás. Había otras. Elizabeth Barrett Browning, que vivía con Robert en Florencia, sufriendo los brutales veranos italianos, disfrutaba con el efecto de frescura que provocaba al mover el tejido con las piernas.

Sobre la figura longilínea de Lizzie, la crinolina lograba un equilibrio, corregía la tendencia a la pose de abatimiento que la caracterizaba. El hecho de encontrarse en aquel recinto, en el que también los prerrafaelitas estaban representados por sus pinturas, devolvía a sus modales la altivez que había mantenido dominada en Sheffield. Sabía usar todo el poder de su pelo y, al llevarse las manos a la nuca para desenredarlo, sabía lo que hacía. Solo un tipo de mujer, además de las rameras, exhibía una melena suelta. Eran mujeres que existían en dos dimensiones y cuya improbabilidad sexual les permitía casi la desnudez. Incluso las figuras de las fotografías buscaban un

estatuto de inocencia igual al de las pintadas sobre la tela. En la exposición, en medio de muchas otras obras que, con su novedad técnica, desorientaban al público, la visita de un joven a un burdel donde lo esperaban cortesananas desnudas provocó actitudes de censura. Pero la Reina decidió que no era más que una obra de arte y le retiró el peso de lo real. Ella, a quien se debía la inspiración para la moralidad de una época, la compró por diez libras para su marido.

Lizzie, con su pelo desordenado como por las peripecias del viaje, y en el que su pequeño tocado no era más que una hoja caída, establecía un diálogo con los cuadros. Salía de ellos, ardiendo, sin que la llama fuese más que luz y pigmento. El propio nombre de ese color, *tiziano*, proveniente del mundo pictórico, se salía del catálogo común. Con frecuencia le aplicaron el término de «pelirroja», que sobrentendía la creencia en marcadores genéticos que advertían sobre personas poco aconsejables. Sin embargo, cualquier rojo que pudiese haber allí se perdía en aquella masa de color cobre. La lluvia que caía sobre los cristales de aquel techo abovedado no podía ocultar todo el brillo que de ella emanaba.

Para oídos del siglo XIX, los comentarios y llamadas de mil voces y la insistencia de una orquesta que, a pesar de todo, ha perdurado hasta nuestros días con el nombre de Hallé Orchestra, sonaban como el estruendo de una guerra. Solamente en los extremos de los dos brazos del edificio, que era cruciforme, las vibraciones del aire se atenuaban. Lizzie arrastró a Annie lejos del conjunto escultórico del centro, que había detenido a los estudiantes de Sheffield. Un episodio de amazonas musculadas intimidaba y deslumbraba a los visitantes. En la galería lateral, detrás de las esbeltas columnas, se encontraban aquellos cuadros de Turner que John Ruskin amaba por encima de todo. Entre él y Lizzie había entonces un distanciamiento que ella había iniciado. Y, en aquella situación incómoda en la que se encontraba por rehuir su adoración, observaba con cuidado

las pinturas, proyectando escribirle para contarle el placer que había tenido al contemplarlas. Extendía la mano derecha hacia atrás, agarrando a Annie, que no veía nada. Entre cuadros al óleo y acuarelas, había más de cien Turners expuestos. Lizzie se inclinaba para leer las pequeñas tarjetas informativas. Los suaves empujones de las crinolinas daban una graciosa ondulación a la desesperación de aquel abarrotamiento. Annie acabó por soltarse para recolocarse un mechón que se le escapaba. Los visitantes que se aproximaban miraban el pelo de Lizzie Siddal y la impresión pictórica los llevaba a dudar de su orientación. Charles Howell, sin embargo, no dudó, y atravesó aquel espacio que parecía un poco borroso. Se inclinó sobre ella, y no había en su voz intensidad erótica que previniese a Lizzie contra el hombre que intentaba entrar en su vida.

—Se va a poner furioso, Mister Ruskin.

Ella se giró hacia quien hablaba de su tutor con tanta intimidad. Charles Augustus Howell tenía apenas diecisiete años, pero la seriedad y una especie de desgaste en sus facciones le daban aspecto de ser mayor. Aunque la belleza y una sombra de arrogancia pudiesen fácilmente conquistar el favor femenino, la verdad es que él nunca los usó para ese fin. Lizzie reaccionaba con hostilidad a aproximaciones sexualizadas. Interpretó bien a Howell y sonrió.

—¿Conoce a Mister Ruskin? —preguntó.

Jamás una mujer victoriana se dirigía a un desconocido, excepto en casos de comercio erótico. Lizzie no era osada. Pero se movía dentro de la fortaleza de su medio, en el que hablar de Ruskin, por ejemplo, establecía leyes particulares. La sonrisa de Charles Augustus Howell solamente estaba llena de amor propio. No implicaba falta de respeto. Se presentó como secretario del hombre que mandaba en las artes de Inglaterra. Había venido a Manchester para observar el estado en que se encontraba la colección Turner. Y no llevaba consigo un informe favorable. Todo el sol que atravesaba los

cristales había consumido los tonos rosáceos de los ocasos. Los efectos de la luz sobre la pintura todavía no eran muy conocidos, pero Ruskin había presentido algún desastre. Él, que inventó dispositivos propios para proteger las obras durante los viajes, se quejaría más tarde de ese verano que lo había destruido casi todo con aquella entrada exagerada de luz. A Charles Howell poco le importaba el tono de las noticias, siempre que pudiese ser él quien las diera. Era el emisario de John Ruskin y eso hacía que se olvidase de los modales, metía las manos en los bolsillos sin pudor, como hacían los terratenientes. Lizzie se inclinaba hacia los cuadros y la consternación añadía un leve tono de cólera a sus ojos. No cedía el lugar y los que llegaban intentaban desplazar aquel obstáculo. Ella, que normalmente no luchaba, corría el riesgo de desequilibrarse, y Howell la sujetó por el brazo. La melena de Lizzie se posó sobre sus dedos.

—Es, sin duda, Elizabeth Siddal —dijo el muchacho. Y daba a entender que solo lo había comprendido en ese momento, que se estremecía con el descubrimiento. En realidad, se había acercado sabiendo que aquel tono de pelo junto a los cuadros solo podía pertenecerle a ella. Lizzie era la modelo más famosa de los prerrafaelitas. Howell estaba entonces iniciando su inimitable carrera de mentiras.

—Yo también he posado para Millais. Posé para Rossetti— añadió. No se ha encontrado ninguna presencia suya en ningún cuadro. Lizzie lo miró. Nunca había oído hablar de él. Había en aquel rostro algo que la hizo estremecer. Y temió que albergase un pensamiento fácil, aquel que identificaba a las chicas que vendían su cuerpo en los burdeles con las que se desnudaban para los pintores. Tenía el don de la fiereza y lo usó allí.

—Yo soy la novia de Rossetti— dijo. E hizo aquello que hacía mejor. Se giró nuevamente hacia los cuadros. Charles Augustus Howell no sería uno de esos hombres a los que ella conquistaba con un cierto aparato filial. Lo eliminó en un instante,